

OSWALDO ESTRADA. *Ser mujer y estar presente: disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Difusión Cultural. Dirección de Literatura, 2014 (Serie El Estudio).

Emprender una revisión crítica de la literatura escrita por mujeres en México se ha convertido en un reto cada vez más complejo. Si durante varias décadas el canon de escritoras consagradas era muy reducido, en los últimos años se ha multiplicado y expandido. Por una parte, uno de los esfuerzos más constantes de la crítica feminista se ha dedicado a descubrir y revalorar a escritoras olvidadas, como Nellie Campobello, cuya obra empezó a ser estudiada sólo a fines de los años setenta, casi cincuenta años después de su publicación. Si bien es ya un lugar común que la producción de las mujeres tiende a ser desdeñada y relegada, el caso de Nellie Campobello puede ser usado como ejemplo perfecto para demostrarlo, así que el canon se abre hacia sus orígenes, a medida que la crítica desempolva libros redescubiertos. Pero también está obligado a extenderse hacia adelante, en un esfuerzo siempre insuficiente por incluir a quienes empiezan a publicar. Una revisión reciente, realizada por el Taller de Teoría y Crítica Literaria Diana Morán,<sup>1</sup> encontró que el número de escritoras nacidas en los años setenta y ochenta del siglo pasado es tan grande y sus propuestas literarias tan diversas, que toda lista está incompleta y corre el riesgo de pasar por alto a quienes en los años próximos publicarán obras importantes.

Por eso, el espléndido libro de Oswaldo Estrada, *Ser mujer y estar presente*, reconoce desde sus primeras páginas que no está intentando abarcar a todas las que escriben en México, pero sí caracteriza a las elegidas como mujeres que han asumido el reto de desempeñar una tarea intelectual, oficio tradicionalmente masculino que se modifica cuando las mujeres acceden a él. Son mujeres, a decir de Estrada, que “dentro de un orden hegemónico abre(n) grietas de conocimiento con un lenguaje contestatario y disidente, capaz de cuestionar estados de marginación y colonialidad, el devenir de la historia, divisiones de género o discursos que promueven la exclusión y la normalidad” (12). Es otra vez Nellie Campobello quien sirve para discutir una dificultad inicial: la novela de la Revolución, dentro de la que se inscriben sus libros, no sólo fue escrita por una abrumadora mayoría masculina, sino que tiene como protagonistas a personajes de ese mismo género. En esa corriente novelística, los personajes femeninos son secundarios, cuando no descritos con franca misoginia, aunque

<sup>1</sup> Luz Elena Zamudio Rodríguez y Jorge Luis Herrera (eds.). *Escritoras Mexicanas del Siglo XXI. Miradas líquidas fragmentadas. Romance Notes*. Volume 54, Special Issue. 2014, 164 pp.

en su contexto sea común, como podría documentar la Pintada de Mariano Azuela (basta mirar la obra de José Clemente Orozco para ver que la actitud misógina no es una excentricidad personal, sino algo tan común que debe considerarse endémico en esa cultura: enarbolada por el pintor, aclamada por la crítica y aprobada por los espectadores). Por eso no se puede esperar que Nellie Campobello narre hazañas de protagonistas femeninas comparables a Pancho Villa, o que inaugure un lenguaje capaz de criticar la desigualdad entre hombres y mujeres. En cambio registra la presencia de niñas, muchachas y madres que ante todo son testigos de una Revolución que luego narran y recuerdan. Sobre todo, narran: dicen la Revolución desde su punto de vista marginal. ¿Cómo, a partir de esta precursora, llegan otras escritoras a crear un lenguaje capaz de decir lo que no existe o no se permite o no se reconoce o no se desea incluir?

En la primera sección del libro, “Debates del silencio y la palabra”, Estrada analiza a tres escritoras a través de las cuales se puede discernir una trayectoria colectiva en busca de la voz. De las mujeres-testigos de Nellie Campobello, confinadas a un segundo plano, pasa a las contorsiones, gritos, gemidos inarticulados y enigmas proferidos en una cueva por la hechicera de *Oficio de tinieblas*, de Rosario Castellanos, que convoca a una rebelión indígena: así Castellanos evoca imágenes arquetípicas de lo femenino ligadas a un lenguaje anclado en el mito, que es también una cierta manera de entender el cuerpo y su inserción en el espacio. Vista así, la hechicera habla desde un útero que es también una tumba, y la tierra, y la sabiduría hembra emanada ella. Elena Poniatowska marca un contraste: ni intuitiva ni profética. Es una mujer urbana y moderna que camina por la calle y habla con quienes la recorren o se la apropian políticamente. Como es una mujer, se espera su silencio, pero en cambio recopila y entreteje y hace oír la voz de la multitud. En los tres casos, las narradoras se enfrentan a acontecimientos colectivos de enorme importancia y se esfuerzan por formularlos con palabras dichas por mujeres que se despojan de prohibiciones e incapacidades. Así se descubren en medio de una colectividad y de su devenir, para el que estas palabras son cada vez más decisivas.

Este discurso femenino es una manera de fabricar un presente colectivo. Por eso se vuelve con soltura hacia el pasado, que ha estado sometido a versiones oficiales que declaran cuál es la verdad histórica. Las narradoras se aprestan a reescribirlo: Carmen Boullosa, Mónica Lavín, Rosa Beltrán, Cristina Rivera Garza emprenden distintas modalidades de novela insertada en la historia y descubren otras, alternativas, silenciadas. Reparar en los indicios que han preservado esas memorias: escriben a partir de chismes o cartas o archivos médicos o bordados o fotos que esperan una sensibilidad capaz de leerlos de nuevo. Describen escenas que nunca sucedieron o fueron olvidadas, pero ahora son necesarias, como las cartas con que sor Juana explica el silencio de sus últimos

años, no para su confesor ni para una destinataria de su época, sino para las lectoras del siglo XXI. O recuperan la ironía de las mujeres que rodearon a Iturbide, o los últimos pensamientos de Moctezuma, o palabras dichas en el manicomio de La Castañeda. Sus miradas modifican el pasado.

Aquí las divisiones establecidas por Estrada son más porosas: la sección “Historias, cartas y cuerpos”, que agrupa a Carmen Boullosa, Mónica Lavín y Margo Glantz, discute novelas históricas pero no incluye a Rosa Beltrán ni a Cristina Rivera Garza que, en cambio, son reunidas con Guadalupe Nettel en “Disidencias de identidad”. Es obvio que la clasificación no obedece a un criterio estrictamente cronológico. Si esta última sección se dedica a analizar a quienes abordan cuerpos que sí importan, no son hombre ni mujer y desean y duelen y se deforman y descubren capacidades e inepticias, como la protagonista casi ciega de Nettel, ¿por qué no sitúa aquí a Glantz, que evoca el erotismo de las monjas novohispanas? Es difícil clasificar a escritoras tan distintas que, sin embargo, abordan algunos temas cruciales: la crítica de la división sexogenérica, las sexualidades posibles para cuerpos a veces muy sexuados y a veces casi epicenos, la arbitrariedad de lo que se considera normal cuando se aplica a cuerpos y a personas que descubren su distancia, su no-pertenencia a esa categoría, su beligerancia contra ella. Las relaciones entre estas exploraciones de cuerpos e identidades, por un lado, y la reinención de la memoria y las historias, por otro, permiten muchos otros cruces promisorios para el trabajo crítico.

Elaborado con envidiable solvencia crítica en la que se combina un amplio conocimiento teórico con la capacidad de comprender y disfrutar la multiplicidad de la literatura, *Ser mujer y estar presente* es una valiosa aportación a un campo lleno de vitalidad, indispensable para comprender la cultura mexicana de nuestros días y establecer diálogos con las mujeres que están formulando preguntas y objeciones cruciales desde sus computadoras, apuntes y lecturas.

ADRIANA GONZÁLEZ MATEOS  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México  
lg212@nyu.edu